

49.—A este propósito pudiera recordarse el conocido experimento del disco atraído y retenido cuando se le acerca á la boca de un vaso de donde sale una columna de aire atmosférico, porque el aire, afluyendo oblicuamente, se rarifica entre el vaso y el disco; los epicúreos no conocían, sin duda, este experimento; puede, no obstante, haberse explicado esta expulsión del aire por las corrientes que salen de la piedra magnética.



## NOTAS DE LA SEGUNDA PARTE

---

1.—Nos iniciamos en la fisiología de las naciones por una filosofía de la historia escrita desde el punto de vista de las ciencias físicas y de la economía política, habiendo penetrado esta vez hasta el fondo de las más humildes cabañas; pero esto no nos manifiesta más que un lado de la cuestión, y las modificaciones de la vida intelectual de los pueblos permanecerían envueltas en la obscuridad si no se explicasen por los cambios sociales. La teoría de Liebig sobre el agotamiento del suelo ha sido exagerada por Carey y amalgamada con aseveraciones absurdas, pero la verdad general de esta teoría es indudable, sobre todo en lo que se refiere á la civilización del mundo antiguo; las provincias exportan cereales hasta empobrecerse y se despueblan poco á poco, mientras que alrededor de Roma y de las ciudades secundarias la riqueza y la población elevan la agricultura á su más alto grado; pequeños jardines bien abonados y cultivados admirablemente producen en flores, frutos, etc., cosechas más lucrativas que vastos dominios situados en lugares remotos; según Roscher, un árbol frutal de los alrededores de Roma producía hasta 375 pesetas al año, mientras que en Italia un grano de trigo daba cuatro granos apenas y el cultivo de los cereales se hacía en tierras muy malas; la riqueza concentrada en una gran capital es más sensible á los choques que vienen de fuera que la de un país comercial de mediana importancia, porque aquélla depende de la producción de los alrededores que suministran los alimentos de primera necesidad; los estragos de la guerra en un país fértil, aun cuando se una á ella la destrucción de un gran número de seres humanos, desaparecen bien pronto por el trabajo de la naturaleza y del hombre, mientras que un golpe dado á la capital, sobre todo cuando los recursos de las provincias comienzan á agotarse, pueden fácilmente traer una conmoción general porque entorpece el desarrollo del comercio en su punto cen-



tral y destruye súbitamente los exagerados precios de cuanto el lujo consume ó produce; pero aun sin estos ataques del exterior la decadencia se acelera cuando el empobrecimiento y la despoblación de las provincias, cada vez más estrujadas, no pueden dar un rendimiento semejante al que daban anteriormente. La verdad histórica de estos hechos, en lo que se refiere al imperio romano, se ofrecería á nuestros ojos con mucha más claridad si las ventajas de una centralización grandiosa y sabiamente coordinada no hubiesen, bajo los grandes emperadores del siglo II, neutralizado el mal y hasta creado una nueva prosperidad material en medio de la universal decadencia; en este último florecimiento de la civilización antigua es cuando las ciudades, sobre todo como algunos distritos privilegiados, experimentan los beneficios con que se embellece la descripción lisongera del imperio por Gibbon; no obstante, es evidente que el mal económico, bajo el cual había de sucumbir por último el imperio, imperaba ya en alto grado; un período de prosperidad, debido á la acumulación y concentración de la riqueza, puede muy bien llegar al apogeo cuando comienzan á desaparecer los medios de acumulación, así como el calor más intenso del día se siente cuando el sol está ya en su ocaso. La decadencia moral, apresurada por el desarrollo de esta gran centralización, se manifiesta más pronto porque la servidumbre y la fusión de naciones y razas numerosas, completamente diferentes las unas de las otras, perturbaban las formas particulares y aun los principios generales de la moral; Haztpole Lecky manifiesta muy juiciosamente que la virtud romana, estrechamente fundida con el antiguo patriotismo local de los romanos y con las creencias de la religión indígena, debió naufragar al desaparecer las antiguas formas políticas y al aparecer el escepticismo y los cultos extranjeros; tres causas, el cesarismo, la esclavitud y los combates de gladiadores, impidieron á la civilización, en su desarrollo, reemplazar las antiguas virtudes por virtudes nuevas y superiores y por «costumbres más nobles, así como por una filantropía más general.» ¿No habrá tomado aquí el autor los efectos por las causas? (Véase el contraste tan bien establecido por el mismo Lecky entre las nobles intenciones del emperador Marco-Aurelio y el carácter de las masas populares que le estaban sometidas.) El individuo, con el auxilio de la filosofía, puede elevarse á principios morales independientes de los sentimientos religiosos y políticos; pero las

masas populares (y en la antigüedad más que en nuestro tiempo) sólo encuentran principios morales en la unión indisoluble, descansando en las tradiciones locales de las ideas generales con las ideas particulares y de los principios de un valor permanente con los principios variables; además, la gran centralización del vasto imperio debió ejercer un influjo disolvente y deletéreo, así en vencedores como en vencidos, en todos los países sometidos á Roma; pero, ¿dónde está el «estado normal» que pueda de golpe reemplazar con virtudes nuevas las del estado social que está en vías de desaparecer? Para esto es preciso, ante todo, tiempo y, por regla general, el advenimiento de un nuevo tipo popular que realice la fusión de los principios morales con los elementos sensibles y los elementos puramente imaginarios; así, las causas de acumulación y concentración que elevaron la civilización antigua á su punto culminante, parecen haber producido también su decadencia; la imaginación ardiente y viva, que se mezcla principalmente á la fermentación de donde salió por último el cristianismo de la Edad Media, parece encontrar aquí su aplicación, pues indica un sistema nervioso sobrecitado por los extremos del lujo y de la indigencia, de la voluptuosidad y del sufrimiento en todas las capas sociales y este estado de cosas es á su vez el resultado de la acumulación en algunas manos de la riqueza general, resultado que la esclavitud ilumina con una luz extrañamente siniestra.

2.—Gibbon muestra cómo los esclavos, después de la disminución relativa de las conquistas, aumentaron de precio y por consiguiente fueron mejor tratados, haciéndose menos prisioneros de guerra, los cuales en tiempo de las conquistas se vendían por millares y muy baratos, viéndose obligados ahora á facilitar los matrimonios entre esclavos para aumentar su número; hubo también más homogeneidad en la masa de los esclavos que antes; por un refinamiento de prudencia se componía cada dominio de nacionalidades tan diversas como era posible; añádase á esto el prodigioso amontonamiento de esclavos en las grandes haciendas y en los palacios de los ricos, y además el papel influyente que los libertos desempeñaron en la vida social bajo los emperadores. Lecky distingue con razón tres épocas en la condición de los esclavos: durante la primera formaron parte de la familia y fueron relativamente bien tratados; en la segunda, habiendo aumentado considerablemente el número de ellos, su situación fué más dura, y,



en fin, en la tercera comienza la evolución indicada por Gibbon; Lecky pretende que si los esclavos fueron tratados con más dulzura se debió al influjo de la filosofía estoica. Durante el tercer período el esclavo no toma una parte activa en la civilización del mundo antiguo por temor á serias revueltas, sino más bien por el influjo que la clase oprimida ejercía cada vez más en la opinión pública; este influjo, diametralmente opuesto á las ideas de la antigüedad, prevaleció sobre todo después de la propagación del cristianismo.

3.—Mommsen dice que «la incredulidad y la superstición, refracciones diversas del mismo fenómeno histórico, iban á la par en el mundo romano de aquel tiempo, habiendo individuos que participaban de una y otra, pues negaban los dioses con Epicuro y se detenían en cada santuario á orar y á hacer sacrificios». En la misma obra se encuentran detalles sobre la invasión de los cultos orientales en Roma: «Cuando el Senado ordenó (50 años a. de J. C.) demoler el templo de Isis, situado en el recinto de Roma, ningún trabajador se atrevió á poner mano á la obra, siendo preciso que el cónsul Lucio Paulo diera el primer hachazo; se podría apostar á que ya por entonces más de una mujer de costumbres ligeras adoraba con fervor á Isis.»

4.—Draper es á la vez injusto é inexacto cuando identifica al epicurismo con la hipócrita incredulidad del hombre de mundo á quien la humanidad debe «más de la mitad de su corrupción»; por independencia que manifieste Draper en sus conclusiones y en el conjunto de sus puntos de vista, sufre, no obstante, la influencia de un error tradicional al trazar el retrato de Epicuro, y más aún quizá cuando hace de Aristóteles un filósofo experimental.

5.—Dice Zeller: «En una palabra, el estoicismo no es sólo un sistema filosófico, es también un sistema religioso; ha sido concebido como tal por sus primeros representantes, y después, de acuerdo con el platonismo, ha ofrecido á los hombres más virtuosos é ilustres, allí donde se extendió la influencia de la cultura griega, una compensación en la ruina de las religiones nacionales, una satisfacción á la necesidad de creer y un apoyo para la vida moral.» Lecky dice de los estoicos romanos de los dos primeros siglos: «Cuando fallecía un individuo de la familia, en esos momentos en que el alma se impresiona profundamente, había la costumbre de llamarles para consolar á los supervivientes; los moribundos les ro-

gaban que vinieran á alentarlos y sostenerlos en sus últimos instantes, y llegaron á ser los directores de la conciencia de muchas personas que se dirigían á ellos; para que resolvieran complicadas cuestiones de moral práctica, para tranquilizar su desesperación ó apaciguar sus remordimientos.» A propósito de las causas que suprimieron el influjo del estoicismo suplantándole por el misticismo neoplatónico, dice Zeller: «El neoplatonismo es un sistema religioso, no sólo en el sentido en que el platonismo y el estoicismo merecen dicha palabra, pues no se satisfacen con aplicar á los problemas morales y á la vida del alma humana una concepción del mundo fundada en la idea de Dios, sino que la obtienen por el camino científico; su sistema científico del mundo refleja de punta á cabo las tendencias religiosas del corazón del hombre y está completamente dominado por el deseo de satisfacer sus necesidades religiosas ó por lo menos de conducir á la unión personal más íntima con la divinidad.»

6.—En cuanto á la propagación del cristianismo, véase en Gibbon el famoso capítulo 15, rico en materiales que permiten estudiar esta cuestión desde los puntos de vista más diversos; no obstante, Hartpole Lecky emite ideas más justas acerca de este asunto; sobre la manía de los milagros, que reina en esta época, véase también á Lecky, quien, entre otras cosas, dice: «Impulsado por la credulidad, que hizo aceptar esta larga serie de supersticiones y tradiciones orientales, el cristianismo se introdujo en el imperio romano y, desde entonces, amigos y enemigos, aceptaron sus milagros como el habitual cortejo de una religión.»

7.—El efecto de la caridad cristiana para con los pobres fué tan profundo que (hecho notable) Juliano el Apóstata, á pesar de su deseo de reemplazar el cristianismo con una religión del Estado filosófico-helénica, reconoció públicamente, en tal concepto, la superioridad del cristianismo sobre las antiguas religiones; queriendo, pues, rivalizar con los cristianos, mandó establecer en cada ciudad asilos donde se acogieran á los extranjeros, cualquiera que fuese su religión; asignó fondos considerables para sostener dichos establecimientos y para la distribución de limosnas, «porque es vergonzoso, escribe á Arsaco, gran sacerdote de Galatia, que ningún judío mendigue y que los galileos, enemigos de nuestros dioses, no sólo alimenten á los pobres, sino también á los nuestros, á quienes nosotros dejamos sin socorro alguno.»



8.—Tácito dice que Nerón echó sobre los cristianos el crimen de haber incendiado á Roma. «Para apaciguar estos rumores trató como culpables y sometió á las torturas más atroces á una clase de hombres detestados por sus abominaciones y á los cuales el vulgo llamaba cristianos; este nombre les viene de Cristo, quien, bajo Tiberio, fué entregado al suplicio por el procónsul Poncio Pilatos; reprimida un instante esta execrable superstición, desbordóse de nuevo no sólo en Judea, donde tuvo su origen, sino en la misma Roma, donde todo cuanto el mundo encierra de infamias y de horrores afluye y tiene partidarios; se cogieron primero á aquéllos que declaraban ser cristianos y, por las revelaciones de éstos, á otra infinidad que estaban menos convictos de incendio que de odio hacia el género humano.» También se censuraba amargamente á los judíos de vivir sólo para ellos y odiar al resto de los hombres; Lasaulx manifiesta cuán profundamente arraigada estaba esta manera de ver entre los romanos, citando á este propósito textos de Suetonio y de Plinio el Joven; *ibidem* aserciones muy exactas sobre la intolerancia propia de las religiones monoteístas y las extrañas á griegos y romanos, pues desde su principio el cristianismo, principalmente, se mostró perseguidor. Gibbon coloca entre las principales causas de la rápida propagación del cristianismo el celo intolerante de la fe no menor que la esperanza en otro mundo.

9.—Como detalle interesante diremos que en la ortodoxia manometana se ha recurrido á los átomos para hacer más inteligible la creación trascendente por un dios colocado fuera del mundo.

10.—Los neoplatónicos exaltados, tales como Plotino y Porfiro, eran ardientes adversarios del cristianismo, contra el cual Porfiro escribió quince libros; pero en el fondo eran también los que más se acercaban á dicha religión, y está fuera de duda que han influido en el desarrollo de la filosofía cristiana; más lejanos estaban Galeno y Celso (este último platónico y no epicúreo, como se creyó primero) y mucho más escépticos de la escuela de Enesidemo y los «médicos empíricos».

11.—Es muy antigua la extensión dada á los nombres de «epicúreos» y de «epicurismo» en el sentido de oposición absoluta á la teología trascendente y á la dogmática ascética; en tanto que la escuela epicúrea era de todas las escuelas filosóficas de la antigüedad aquella cuyas doctrinas estaban mejor definidas y las más estrictamente lógicas, el *Talmud* da ya el nombre de epicúreos á

los saduceos y á los librepensadores en general; en el siglo XII apareció en Florencia un partido de «epicúreos» que sin duda no merecían este nombre según la acepción rigurosa de donde esta escuela se deriva, como tampoco los epicúreos á quienes Dante coloca en las tumbas de fuego; por lo demás, la acepción del nombre de «estoicos» se interpreta también de un modo análogo.

12.—Renan manifiesta cómo la interpretación más abstracta de la idea de Dios, favoreció principalmente la polémica dirigida contra la Trinidad y la Encarnación del Verbo; Renan compara la escuela conciliadora de los «motazelitas» á la de Schleiermacher.

13.—La primera de dichas opiniones la profesaba Avicena, en tanto que, según Averroes, su verdadera opinión hubiera sido la segunda; Averroes mismo hace ya existir en la materia, «como posibilidad», todos los cambios y movimientos del mundo, particularmente el nacimiento y la destrucción de los organismos, y Dios no tiene nada más que hacer que cambiar la posibilidad en realidad; pero, á poco que se coloque en el punto de vista de la eternidad, la diferencia entre la posibilidad y la realidad desaparece y toda posibilidad se transforma en realidad en la eterna serie de los tiempos, y entonces, en el fondo, para el más alto grado de la contemplación, desaparece también la oposición entre Dios y el mundo.

14.—Esta opinión que se apoya en la teoría de Aristóteles ha sido llamada «monopsiquismo», y muestra que el alma inmortal es una sola y misma esencia en todos los seres entre los cuales se divide, en tanto que el alma animal es perecedera.

15.—La aserción, «la alquimia no ha sido nunca otra cosa más que la química», va tal vez demasiado lejos; Liebig nos induce á no confundir la alquimia con la investigación de la piedra filosofal de los siglos XVI y XVII, que no es más que una alquimia degenerada, como la manía de los horóscopos en esta misma época es sólo una astrología en estado de barbarie; únicamente la diferencia de la experimentación y de la teoría, puede esclarecer la química moderna de la alquimia de la Edad Media; á los ojos del alquimista la teoría descansa en bases inquebrantables, domina á la experimentación y, cuando ésta da un resultado inesperado, hay que ingeniar para adaptarlo á la teoría, cuyo principio se da *a priori*; así, la alquimia, no se preocupa más que de los resultados presu-  
dos y piensa muy poco en la investigación libre; algo de esto ocu-



rre también en la química moderna, donde la experimentación sufre más ó menos el yugo de las teorías generales no ha mucho omnipotentes y hoy no tan poderosas; sea como quiera, la experimentación constituye la base de la química moderna; en la alquimia la experimentación era esclava de la teoría aristotélica y escolástica; la alquimia y la astrología tenían á veces una forma científica que consistía en la demostración lógica de algunas nociones sobre la naturaleza y las relaciones mutuas de todos los cuerpos; estas nociones eran sencillas, pero su combinación podía dar los resultados más variados.

16.—Darembert manifiesta que la importancia médica de Salerno es anterior á la influencia árabe y data probablemente de la antigüedad; sea lo que quiera, la escuela de Salerno adquiere un gran impulso gracias á la protección que le concedió Federico II.

17.—La aserción de que Averroes, el emperador Federico II ó cualquier otro audaz librepensador, apellidaron á Moisés, Jesucristo y Mahoma los «tres impostores», parece haber sido una calumnia de la Edad Media y una invención propia para hacer sospechosos y detestables á los librepensadores; más tarde se imaginó un libro para acreditar la frase fabulosa relativa á los tres impostores y un gran número de librepensadores fueron acusados de haber escrito una obra que no existía; en fin, el ardor con que se discutió la existencia de este libro determinó á los industriales literarios á componer algunos que no tuvieron éxito.

18.—Hammer se adhiere á la opinión que divide á esos sectarios en impostores é imbéciles y no ve en los jefes más que fríos calculadores, una incredulidad absoluta y un espantoso egoísmo; sin duda las referencias permiten formular este juicio; sin embargo, es preciso saber distinguir en las informaciones la manera con que una ortodoxia triunfante se conduce de ordinario con las sectas vencidas; aparte de las calumnias inventadas por la maldad, hay en esta opinión lo que se llama «hipocresía» en la vida de los individuos; una devoción ostentosa es para el pueblo ó bien una verdadera santidad, ó una infame disimulación encubriendo los excesos más vergonzosos; la delicadeza psicológica, que en una mezcla de sentimientos verdaderamente religiosos sabe distinguir la parte que corresponde al brutal egoísmo y á los apetitos viciosos, es poco comprendida por el vulgo cuando aprecia semejantes fenómenos. Hammer expone también su opinión personal sobre la cau-

sa psicológica de la secta de los Asesinos: «Entre todas las pasiones que han movido la lengua, la pluma y la espada, volcado los tronos y derribado los altares, la primera y más poderosa de todas es la ambición; el crimen la complace como medio y la virtud como máscara, nada hay sagrado para ella y, á pesar de esto, se acoge preferentemente, como asilo más seguro, á lo que la humanidad tiene más santo, á la religión; así, la historia de las religiones no es en parte alguna más tempestuosa ni más sangrienta que allí donde la tiara se une con la diadema, recibiendo así más fuerza que la que comunica. ¿Pero dónde encontrar un clero que no sea ambicioso y cómo la religión puede ser para la humanidad la cosa más sagrada cuando sus más altos ministros sólo hallan en ella medios que sirvan á sus ambiciones? ¿y por qué la ambición es una pasión tan frecuente y tan funesta que no llega más que por un camino erizado de obstáculos y peligros á esa vida de goces, considerada como fin por todos los egoístas? Es evidente que á menudo, y particularmente en las grandes crisis de la humanidad, á la ambición se une casi siempre la persecución de un ideal en parte irrealizable y en parte personificado en el jefe que, por su estrecho egoísmo, se considera como el representante de ese ideal. Tal es también la razón por la cual la ambición religiosa se manifiesta tan frecuentemente; por el contrario, la historia ofrece pocas veces ambiciosos que, sin ser creyentes, empleen la religión como principal palanca de su poder. Estas reflexiones son aplicables también á los jesuitas, quienes, en determinados períodos de su historia, están por cierto muy cercanos de la secta de los Asesinos, tal como la concibe Hammer, pues si estuviesen animados por un verdadero fanatismo, hubieran fundado su poder en el espíritu de los creyentes. Hammer tiene razón comparándoles con los Asesinos, pero cuando considera á los regicidas de la revolución francesa como dignos satélites del «Viejo de la montaña», prueba con qué facilidad la manía de las generalizaciones puede hacer desconocer la verdad en los fenómenos históricos; en todo caso, el fanatismo político de los terroristas franceses era, en su conjunto, muy sincero y estaba exento de hipocresía.

19.—Prantl encuentra sólo en la escolástica teología y lógica «sin filosofía alguna»; no es menos cierto que los diferentes períodos de la escolástica se distinguen unos de otros por la cantidad siempre creciente de los materiales intelectuales. Ueberweg pudie-